

Refracciones y otros escritos

Héctor Edgardo Ávila

**REFRACCIONES
Y OTROS ESCRITOS**



TURMALINA

Ávila, Héctor Edgardo
Refracciones y otros escritos. - 1a ed. - Buenos Aires : Turmalina, 2011.
380 p. ; 20x13 cm.
ISBN 978-987-1587-32-2
1. Ensayo . I. Título
CDD 864



TURMALINA

© Editorial Turmalina, 2011

Buenos Aires, Argentina

ISBN 978-987-1587-32-2

Editorial Turmalina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra,
escribanos a: **info@editorialturmalina.com**

www.editorialturmalina.com

A la memoria de **Héctor Edgardo Ávila**, un hombre del siglo XXI, que intentó entender, pensar, enseñar, descubrir, respetar, aceptar y cuestionar. Para sus alumnos, familia, amigos y para un mundo que vale la pena vivir va este libro inconcluso que, sin saberlo hoy, puede ser reescrito en otros con sus miradas y su visión.

Julio de 2010

Índice

Memoria	11
Refracciones	83
Etcétera	161
La ciudad del hombre (Ensayo inconcluso)	213

MEMORIA

Ángeles

Mi abuela Matilde me enseñó que Dios asigna a cada uno de nosotros una guardia personal bajo la forma de un ángel, una de cuyas funciones es preservar a la gente (especialmente a los niños) de los peligros que los acechan en este valle de lágrimas. Esta teología rudimentaria pasa por alto las distracciones de los ángeles, muchas de las cuales les suelen costar la vida a los custodiados, y pone el acento en la segunda de las funciones del ángel, la vigilancia de la conducta, que viene a ser una versión para niños de la obscena doctrina del superyó, según la cual los ángeles custodios resultan algo así como una mezcla de madrastra y guardia-cárcel. Por lo que parece, yo nunca le simpatiqué a mi ángel, pues hasta el día de hoy no se ha dignado comunicarse conmigo, de modo que cuando yo debo quemarme, me quemo; cuando debo cortarme, me corto, cuando debo caerme, me caigo, y así sucesivamente. Esta conducta esquiva no tiene nada de sorprendente; cualquiera puede constatar que estos ángeles no respetan ni a los propios papas, y los obligan a recurrir a soldados de carne y hueso para integrar la guardia suiza, en la que no revista ni siquiera un querubín.

Los perímetros de los cuarteles están sembrados de puestos de guardia, en cada uno de los cuales hay al menos un soldado. En el interior de los cuarteles hay numerosos lugares custodiados (los polvorines, las armerías, las cuadras, las caballerizas, los casinos, etc.). Hora tras hora, día tras día, año tras año, los soldados apostados en todos los cuarteles de todo el mundo esperan a sus improbables enemigos.

Cada emperador, cada rey, cada presidente, cada senador, cada diputado, cada ministro, cada secretario, cada subsecretario, cada director, cada juez, cada

gobernador, cada intendente... en fin, cada funcionario más o menos importante cuenta con su propia custodia. Cada ex emperador, cada ex presidente, etc., tiene su custodia. Cada ejecutivo, cada estrella de cine, cada deportista célebre, en fin, cada individuo rico y famoso tiene custodia. Todas estas son custodias personales.

Cada casa de gobierno, cada congreso, cada intendencia, cada comisaría, cada edificio público tiene su custodia. Cada fábrica, cada puerto, cada aeropuerto, cada estación ferroviaria, cada museo, cada monumento importante, cada cementerio, cada banco, cada oficina, tiene custodia. Algunos barrios y algunas viviendas tienen custodia. Estas son custodias institucionales.

¿Qué relación habrá entre el número de los custodiados y el número de los custodios? ¿Un millón a uno o mil a uno? ¿Cuántos lugares hay en el planeta que cuentan con custodia permanente, día y noche, en los últimos cien años? ¿Y en los últimos mil años (o sea unas cincuenta generaciones de custodios)?

La casa de mi abuelo José tenía una puerta cancel de dos hojas que se abrían a un ancho zaguán al que daban las principales habitaciones. Todos los días, a determinada hora de la mañana, mi abuelo abría las puertas. La casa quedaba abierta hasta el atardecer (excepto el par de horas de la siesta), momento en que mi abuelo cerraba las puertas hasta el día siguiente. La casa no tenía rejas. Afuera no había policías ni guardianes, y adentro no había perros ni alarmas. En realidad, las puertas eran un indicador de los horarios de visita prudentes, más que un obstáculo para los visitantes. No eran barreras, sino relojes. Cuando mi abuelo murió, mi abuela Mercedes se quedó en la casa, sola su alma, pero no cambió en absoluto la costumbre de mi abuelo.

Oficio

Desde hace ya varios siglos, miles de hombres y mujeres de cada generación pasan toda su vida encerrados hablándoles a las paredes de los conventos. Creen, sin contar con el menor indicio a favor de su creencia, que alguien los está escuchando. Jamás han tenido una respuesta y jamás la tendrán, pero persisten tercamente en la empresa.

Un par de veces he estado cerca de compadecerme por esas vidas que parecen absurdas. Pero finalmente hallé que no hay razón para deplorar casi ninguna actividad humana. En efecto, si, como creo, la vida humana individual no tiene ni un sentido trascendente ni un sentido social que no sea el que le atribuye el propio individuo, entonces el sentido que tengan las acciones de un monje es el que les atribuye el propio monje, y el sentido que tengan las acciones de un carnicero es el que les atribuye el propio carnicero. Y eso es suficiente para justificar una vida.

Silogismo

Una cosa es infinita si la cosa entera no es mayor que alguna de sus partes. Mi amor por María Soledad en este preciso instante es tan grande como todo el amor que pueda sentir por ella en toda mi vida. Por lo tanto, mi amor por María Soledad es infinito.

El razonamiento anterior no debería tentarnos a sacar conclusiones apresuradas acerca del “tamaño” de mi amor por María Soledad. Por ejemplo, las premisas del razonamiento son compatibles con el hecho de que mi amor sea infinitesimal, es decir infinitamente pequeño; o negativo, es decir que se trate más bien de odio que

de amor. Lo que las premisas prohíben es que sea nulo. En otras palabras, si las premisas fueran verdaderas (y creo que lo son), lo único que estoy obligado a admitir, bajo pena de incoherencia, es que María Soledad no me resulta del todo indiferente. Está bien, lo admito.

Coordenadas

A los dos años, María Soledad era una niña increíblemente perfecta que a veces me decía “Te quiero mucho”. Como soy una persona a la que le interesa sólo la verdad, le preguntaba en esos casos “¿Hasta dónde?” y ella me contestaba, abriendo los brazos (temo que no demasiado): “Hasta acá”.

Como soy una persona a la que no le interesa toda la verdad, cobardemente nunca le pregunté (nunca le preguntaré): “¿Hasta cuándo?”.

El principio antrópico restringido

Las pequeñas manos de Sole, que juegan con la arcilla, determinan la estructura y la realidad del universo.

La prueba de la afirmación anterior requiere utilizar una versión del principio cosmológico antrópico, que se puede formular así: Ninguna cosmología es aceptable si no explica el modo en que se alcanzaron las condiciones que posibilitan la vida de Sole. Como el tamaño del universo depende de su edad (pues está en constante expansión), el principio antrópico nos asegura que el universo debe tener un diámetro de unos quince mil millones de años luz. Pues un universo más pequeño hubiera existido durante menos de los mil millones de años necesarios para que los elementos pesados

esenciales para la vida de Sole se hayan podido sintetizar por reacciones termonucleares en el interior de las estrellas; y si el universo fuera mucho mayor, y por ello mucho más viejo, las estrellas necesarias para establecer las condiciones de vida de Sole hubieran completado su evolución y estarían agotadas. Por lo tanto, la existencia de Sole determina las condiciones iniciales y el tamaño del universo. Por otra parte, se pueden concebir muchos universos posibles, pero ninguno de ellos podría ser el real si no incluye la existencia de Sole, que de hecho existe. Por lo tanto, la existencia de Sole determina la realidad del universo. “QPD”

Si alguien me objeta que el argumento anterior se puede aplicar al caso de cualquier ser vivo, como por ejemplo una hormiga, le contestaré que por algo he calificado de “restringido” a mi principio: está restringido a Sole. La principal razón por la que lo he restringido así es que yo no soy un entomólogo.

Eos

Yo duermo con un sueño oscuro, espeso, letárgico, ocho o diez horas cada noche. Pero una niña de dos años cuyo sueño debí velar me enseñó a dormir el sueño de los padres. A mí, que no me perturban los cañones del trueno ni los martillos del viento, me despertó mil veces el más leve roce de su piel en las sábanas, el más leve cambio en su respiración.

Por la mañana, dormida todavía, ella daba algunas vueltas en la cama, y poco después despertaba. Parpadeaba un par de veces, abría los ojos y sonreía, deteniendo el tiempo.

La ley boba

El precio de cada segundo de televisión, multiplicado por el cuadrado de la velocidad de la luz, es inversamente proporcional a la raíz cúbica del valor ético, estético o científico de lo que aparece en pantalla cada segundo.

Caricia lejana

En cierta ocasión fui instruido, a través de la pantalla del televisor, por una psicóloga que recomendaba la práctica de lo que ella llamaba “la franela”, es decir el contacto piel a piel entre las personas, como medio para expresar los afectos. Estoy de acuerdo en que las personas deben expresar lo que sienten de la manera que les resulte más apropiada, pero me parece un error creer que sólo hay una manera apropiada de hacerlo.

Mis padres me han dicho que mi abuelo paterno sentía una especial debilidad por mí, debido tal vez a que yo fui su primer nieto. Descubrieron eso el día que lo sorprendieron parado en el umbral de mi habitación mirándome a tres metros de mi cuna. El alegó en su defensa que había creído oír alguna protesta mía, pero no lo pudo probar. Me cuentan además que el día que yo nací llegó tarde a su trabajo, pretexto al que jamás había recurrido con motivo del nacimiento de sus propios hijos. Pero ni mi abuelo ni mi padre besaban a mis hermanos o a mí, y por mi parte, recuerdo haber besado de adulto a mi padre una sola vez, en la frente, cuando ya estaba fría.

Sin embargo, sé que mi padre me quería porque a veces me guiñaba ligeramente un ojo o me hacía una mueca con la boca, como en el truco, y porque cuando yo tuve un ataque cardíaco pidió morir por mí. Y sé que

quiero a mi padre, porque cuando él estuvo malamente estropeado por la enfermedad yo deseé que muriera, y porque después de tantos años de su muerte, todavía oigo su voz.

La naturaleza es natural

El naturismo y el ecologismo, dos de los más populares detritos de la ciencia, se caracterizan por compartir ciertas creencias supersticiosas acerca de la “naturaleza”.

El maniqueísmo naturista nos coloca continuamente ante dolorosísimos dilemas: pan blanco o pan negro (“integral”), dulce o amargo, salado o insípido, graso o magro, enlatado o fresco, gaseoso o líquido, yogur o roquefort, animal o vegetal, vegetal o mineral, agua o vino. Según los naturistas, en todos los casos la alternativa menos apetecible es la más “natural”, y por lo tanto, la única aceptable. Hay que abolir, por artificiales, los envases, los aditivos, las hormonas, los plaguicidas, las vacunas, las pasteurizaciones, las especias, los aderezos, los abonos, los fertilizantes. Debemos huir de los fármacos (pero no como de la peste, naturalmente), de la cirugía y de la tecnología hospitalaria. De todo esto se sigue que los hombres que vivieron en el paleolítico inferior son los únicos hombres que han vivido en perfecta armonía con la naturaleza.

Sin embargo, es difícil negar que las vestimentas, los alimentos, las viviendas, los medios de locomoción, los caminos, las ciudades, los puertos y los medios de comunicación son productos artificiales, en el sentido de que no crecen en los árboles ni se los encuentra en los yacimientos minerales. Los lagos, los ríos, los mares y la atmósfera que nos rodea han sido modificados de una forma u otra por el hombre. Los artefactos humanos

son inseparables de la actividad humana normal, como lo son la miel de la actividad de la abeja o la telaraña de la actividad de la araña. Del único modo que se pueden eliminar los productos “artificiales” que genera el hombre es eliminando al hombre y aun en este caso extremo habría que esperar que alguna catástrofe natural se encargara de la limpieza: un suicidio en masa de la humanidad sólo serviría para convertir a la naturaleza entera en un artificio humano diseñado con el único objeto de refutar una absurda teoría.

Por su parte, el utopismo ecologista clasifica a todas las cosas en dos grupos: contaminantes y no contaminantes del ambiente. Tanto los individuos como las ciudades, las fábricas, las centrales de energía, los puertos, los medios de transporte, generan una corriente ininterrumpida de material contaminante que deteriora el medio y pone en peligro muchas especies, empezando por la especie humana. ¿Cómo hacer para eliminar el peligro que suponen la basura radioactiva, el humo de las fábricas (y de los cigarrillos), los efluentes industriales, los gases de los motores y de los aerosoles, los derrames de los petroleros, etcétera? Los ecologistas suelen proponer la solución más directa y obvia: suprimir las centrales nucleares, las industrias contaminantes, los aerosoles, etc., pero no nos dicen de qué modo pueden ser sustituidos los productos de la actividad de esas plantas o artefactos. Pasan por alto un pequeño detalle: que muy pronto habrá que atender las necesidades de alimentación, salud, vivienda, trabajo, educación y transporte de diez o quince mil millones de personas. Todos estamos de acuerdo en que se vive mejor con un aire limpio, pero para poder disfrutar del aire limpio uno tiene que empezar por estar vivo.

Los griteríos que levantan los ecologistas suelen impedirles escuchar las razones de los especialistas. Por ejemplo, no parecen saber que la energía nuclear

no sólo es mucho más limpia que la obtenida por medios convencionales (y menos peligrosa que la obtenida del carbón, por ejemplo) sino que probablemente será indispensable, habida cuenta de la disminución de las reservas de carbón y petróleo.

Eco

Los ecologistas son agentes contaminantes del ambiente social.

Agonales

Las Olimpíadas griegas se celebraron 287 veces, a través de 1.169 años. Estaban reservadas a los griegos nacidos libres y no manchados por un crimen de sangre o un sacrilegio. Las pruebas consistían en superar a los competidores presentes, no a los registros de competencias pasadas. Así, la victoria era absoluta y otorgaba la gloria al atleta y a su ciudad. El único premio material que el vencedor de una prueba recibía era una corona de olivo silvestre. Pausanias comentó acerca de una de las estatuas que halló en Olimpia: “De la ciudad de Naxos no quedan ya ni las ruinas, pero de Naxos queda para la posteridad Tisandro, hijo de Cleócrito, que triunfó cuatro veces en el pugilato entre hombres en Olimpia”.

Doxas

Zenón

Si Aquiles (el griego más veloz) concede la mínima ventaja inicial en la carrera a una tortuga (el animal más

lento), nunca podrá alcanzarla, puesto que, antes de llegar al punto en que se encuentra la tortuga, Aquiles deberá pasar por infinitos puntos ya transitados por el animal.

Zenón formuló este argumento –y muchos otros parecidos– tal vez para probar que desmentir al viejo Parménides es por lo menos tan absurdo como consentirlo, o tal vez, como dijo Séneca, para probar que nada existe. El problema que plantea el argumento ha pasmado a mucha gente durante muchos siglos y los filósofos y los matemáticos han sugerido soluciones diversas. (Los niños pequeños saben que la respuesta está en la pregunta ¿Cómo hizo la tortuga para tomarse la ventaja?)

El argumento de Zenón es incorrecto, pero genial. Zenón era un genio, pero su genialidad era del tipo de la que muestran los prestidigitadores.

Anselmo

Dios es el ser más perfecto concebible. La existencia es una perfección. Por lo tanto, Dios existe.

Esta es una versión del argumento ontológico de Anselmo, a la que le he eliminado sólo un poco de retórica. Si entendemos las premisas como definiciones, el argumento resulta correcto pero trivial. Yo no tengo la culpa de ello (y tampoco la tendría Dios, si existiera).

Los dos ejemplos de arriba ilustran una vieja tentación filosófica: la de querer demostrar la existencia o inexistencia de las cosas. Por mi parte, con gusto concederé el estatus divino a quienquiera me pruebe que eso es posible.

Roger

Admiro a las personas que pertenecen a alguna de las dos siguientes clases: la de los que pueden hacer muchas cosas a la vez y la de los que pueden hacer muchas cosas en poco tiempo. Lo cierto es que yo carezco casi por completo de ambas habilidades, que tal vez sólo se deban en parte al entrenamiento, y en parte a la organización.

Pero desde que leí la historia de Roger me siento menos solo. Roger es un hombre lento. Dedicaba toda la mañana, hasta muy pasado el mediodía, a las actividades de vestirse, afeitarse y desayunar. La elección de la corbata o los calcetines que va a usar hoy le consumen varias horas y la lectura del periódico lo mantiene ocupado hasta la mitad de la tarde. La correspondencia de los últimos seis meses todavía no ha podido ser abierta, lo cual le ha creado nuevas obligaciones relacionadas con el pago de facturas atrasadas. Su automóvil descompuesto ha estado estacionado varios años en la calle en espera de reparación. La casa ha comenzado a deteriorarse seriamente debido a la falta de atención.

No es que a Roger no le interese ocuparse de sus cosas. Al contrario, vive absorbido por ellas. El problema es que le requieren demasiado tiempo, más tiempo del que dispone. Las tareas pendientes se han atrasado tanto, que probablemente ya no le alcance el resto de su vida para terminarlas.

Naturalmente, sus jefes no aprecian demasiado a Roger, por lo que ha tenido que cambiar varias veces de trabajo. Para colmo últimamente su esposa también se ha vuelto muy crítica. Roger admite que es demasiado prolijo, pero explica que ello se debe a que le gusta hacer las cosas bien.

Roger, me dicen, no es un hombre, es un “caso”, como lo es el “caso Dora”. Tal vez con eso quieren decir que es un arquetipo. Pero sería un error creer que la vida de Roger anda mal sólo porque discurre con lentitud. Más bien habría que pensar que el mundo de Roger se mueve a distinta velocidad que el de los demás. Cada uno, desde su sistema de referencia, encuentra que el otro vive demasiado rápida o demasiado lentamente. No hay nada malo en lo que hace Roger. Es sólo que se ha equivocado, no al elegir su empleo, ni al elegir a su esposa, sino al elegir su universo.

Preveo que, como todas las acciones pueden descomponerse en infinitos detalles; y, puesto que Roger ve el mundo a través de un “micronoscopio” que amplifica las acciones, cada vez le resultará más difícil ejecutarlas, como en esos sueños en los que queremos correr pero sólo podemos movernos con desesperante lentitud. En el límite, Roger será detenido por la tarea eterna de completar algún infinitesimal paso.

In memoriam

Hace algunos años, en Lomas de Zamora, una helada noche de invierno, alguien dejó una niña de 24 horas, envuelta en papeles, en un hueco del tronco de un árbol. Para esa niña, a quien la madre le negó el pecho, a quien el padre le negó el nombre, a quien el día le negó el calor, que nació extrañada de la humanidad y que por ello también es mi hija, para esa niña imaginé un relato que me justificara.

Esquema de un relato

Alguien le cuenta al relator omnipresente que una noche soñó que se internaba en las aguas llevando de

la mano a un niño. Cuando el agua lo cubrió, miró hacia abajo y vio al pequeño aferrado confiadamente a su brazo. Pero en lugar de llevarlo a la superficie, él se quedó allí, bajo el agua, un larguísimo tiempo.

El soñador despertó pensando que su sueño era un disparate completo. Pero al cabo de unos días recordó el sueño y se inquietó. No podía olvidar la mirada del niño a través del agua, la presión de los pequeños dedos sobre su brazo. En los días siguientes, una y otra vez caviló sobre el sueño. Comenzó a recordar (tal vez a imaginar) otros detalles. Experimentaba sentimientos de culpabilidad. ¿Por qué no había hecho nada para salvar al niño? Ahora deseaba haberlo hecho, fantaseaba que lo hacía. Pero sabía que no lo había hecho. En algún momento se le ocurrió que en el sueño no quedaba claro cuál había sido la suerte del niño, pero después decidió que no podían existir dudas al respecto. Luego argumentó que había tenido un sueño, y que si nadie es responsable de sus sueños, mucho menos lo es de los actos que ocurren en los sueños. Pero, se refutó, eso solamente convierte al hecho en un crimen perfecto, a lo sumo sirve para garantizarle impunidad, pero no para exculparlo. Además, no podía ocultarse que durante el sueño él sentía piedad y dolor por lo que estaba haciendo, pero que aun así no podía dejar de hacerlo. Acorralado, planeó el suicidio. Ahí cayó en la cuenta de que ello no lo salvaría: lo aboliría a él, pero no a su crimen. El sueño era indestructible. Estaba condenado.

El relator concluye: Se trata de un trastornado, desde luego. Sin embargo, hay en este caso un detalle que me molesta. Siento que el sueño de un infanticidio es demasiado atroz para cualquier hombre. Su sola posibilidad es una amenaza temible. Nunca recuerdo mis sueños, pero no me gusta la idea de que alguna vez mis sueños pudieran acordarse de mí.

[El relato, que termina aquí, claramente padece de la enfermedad de los cuentos, esto es, de inverosimilitud: todo el mundo sabe, con la excepción de los psicoanalistas, que los sueños no tienen la menor eficacia para determinar la conducta de los seres humanos.]

La niña negra

Whitney Elaine Johnson vivió solamente 19 horas, en un pueblo sureño de Georgia. Fue enterrada en el cementerio de blancos, porque la piel de uno de sus padres era blanca, y después desterrada del cementerio porque su propia piel era negra. La pequeña Elaine tenía los ojos de color de bebé, que es el color del asombro.

Tabú

Los tabúes son prohibiciones supersticiosas. Tomemos el caso del incesto. Olvidémonos de la biología (dicho sea de paso, no sé si el evolucionismo le ha asignado importancia a este tabú). El incesto se produce cuando un individuo copula con otro con el cual le está prohibido hacerlo, por ser considerado inmoral por la opinión pública, ilícito por el derecho penal y pecaminoso por el derecho canónico. “Incestus” significa “impuro”, y todos sabemos que la pureza es una cuestión de grados. Los dos problemas que plantea el incesto son: ¿cuáles deben ser los límites de la prohibición? y ¿cómo la justificamos?

Empecemos con el primero. El incesto madre-hijo parece ser un tabú universal (está prohibido en todas las sociedades, excepto la que forman los dioses del Olimpo, quienes ignoran olímpicamente todos los tabúes), pero no ocurre lo mismo con el incesto padre-hija, aunque es

poco común. El incesto hermano-hermana es bastante común y en algunos casos es obligatorio (como en las familias reales del antiguo Egipto y en Hawai). Los códigos penales modernos, como el nuestro, restringen la prohibición a los ascendientes, descendientes y parientes colaterales en primer grado. El código canónico la extiende a los parientes colaterales consanguíneos hasta tercer grado, a los afines hasta segundo grado, y agrega al parentesco legal, el parentesco espiritual (confesor-penitente, padrino-ahijado). Para no quedarse atrás, algunos códigos penales han incorporado el parentesco laboral (o jerárquico) en la figura del acoso sexual (superior-subordinado). Habría que incluir en la lista el parentesco profesional (por ejemplo: terapeuta-paciente) que contemplan los códigos de ética profesional, aunque algunas profesiones admiten las relaciones o incluso las fomentan (espía-diplomático, analista-analizado). Finalmente, podemos citar las prohibiciones relacionadas con el estado mental y civil. Por ejemplo, están prohibidas las relaciones cuerdo-loco, casado-soltero, religioso-laico. En algunas sociedades están prohibido los pares mayor-menor, menor-menor, donde hay que entender “menor” como “de edad menor a n, donde a su vez n puede ser igual a 12, 14, 16, 18 o 21 años, según el código –y a veces según el año de edición del código–”. En otras sociedades tales uniones son rituales.

Hay incestos e incestos. De la lista precedente, los primeros parecen ser más “graves” que los últimos, algunos de los cuales tal vez no deberían ser considerados tabúes. La lista completa, empero, permite hacerse una mejor idea de las variantes que los tabúes pueden introducir en la vida sexual de un(a) hombre (mujer) cualquiera en un momento histórico dado, dependiendo de la sociedad y la religión que le ha tocado en suerte: desde tener disponible a toda hembra(macho), excepto

su madre(hijo), hasta tener que resignarse a cortejar una cabra(chivo).

¿Se puede justificar el tabú del incesto? No, no se puede, puesto que es una superstición, es decir, una creencia injustificada. En todo caso, habría que preguntarse cuáles son las razones de su persistencia. Los moralistas, los juristas y los teólogos nos han ofrecido unas cuantas. La mejor respuesta que yo conozco es la que le dio un *arapesh* de Nueva Guinea a Margaret Mead: “Si uno se casara con su hermana no tendría ningún cuñado. ¿Con quién iría a pescar entonces?”

Esquinados

Cuando X llegó a la esquina el semáforo le daba paso, pero prudentemente esperó el próximo turno para cruzar la avenida. En la vereda de enfrente, Z pensó exactamente lo mismo y se abstuvo de avanzar hasta la nueva luz verde. Ambos cruzaron media bocacalle y se encontraron frente a frente. X dio un paso a su izquierda para eludir a Z, justo en el momento en que éste se movía un paso a la derecha con el mismo propósito. Inmediatamente los dos volvieron a la posición inicial creyendo que dejaban el camino expedito. X cambió entonces de estrategia: se corrió a la derecha, para hallar que Z había decidido hacerlo a su izquierda. Finalmente, ambos se quedaron inmóviles, sin mirarse, esperando cada uno que el otro tome la iniciativa.

El conductor del colectivo declaró que el accidente se debió a una falla de los frenos, al girar a la derecha en la avenida. El médico de la ambulancia informó que Z murió antes de llegar al hospital, debido a un paro cardiorrespiratorio traumático. Un policía que cubrió el cuerpo de X con una lona, afirmó que el accidentado

había perecido instantáneamente. Los periodistas denunciaron la ausencia de semáforos en las esquinas adyacentes. Algunos vecinos recordaron otros accidentes ocurridos en años anteriores en el mismo lugar, incluyendo la muerte de algunos perros queridos. Y el andrajoso vagabundo que mora en la escalinata del tren subterráneo gruñó que sólo hay una sola cosa más peligrosa que las disidencias entre los hombres, a saber, las coincidencias.

Credo

Hay muchas personas que creen en cosas como las siguientes:

1. Que existe un dios omnisciente y todopoderoso, que está en todos los lugares y en todos los instantes, pero que no es un objeto físico.

2. Que este dios ha creado el universo a partir de la nada, tarea que le insumió seis días.

3. Que, en cierto momento, y bajo la forma de un espíritu, el dios engendró un hijo en una mujer, sin que esta perdiese su virginidad.

4. Que el dios, el hijo y el espíritu son tres personas distintas, y que el dios, el hijo y el espíritu son la misma persona.

5. Que además del dios, existen otros seres puramente espirituales llamados ángeles, algunos buenos y otros malos, y, en especial, un ángel particularmente maligno, el Demonio.

6. Que los hombres están constituidos por un cuerpo mortal y un alma inmortal y que en algún momento de la formación del embrión humano, el dios le infunde a éste su correspondiente alma.

7. Que al morir el cuerpo, cada alma es enviada por el dios al Cielo (con una eventual escala correctiva en el Purgatorio), donde será agasajada para siempre, o al Infierno, donde será torturada para siempre.

8. Que habrá un final de los tiempos, en el que resucitarán los cuerpos de todos los muertos y habrá un juicio para todas las almas, en el que se decidirán todos los destinos.

9. Que el dios habla con nosotros a través de la palabra de ciertas personas inspiradas por él, como los profetas y los papas. Los dichos de esas personas son sagrados o infalibles.

10. Que podemos hablar con el dios a través de la oración, y que él atiende cada uno de nuestros pedidos.

11. Que el dios puede perdonarnos a través de ciertas personas autorizadas por él, como los sacerdotes o los santos.

12. Que el dios puede vendernos su indulgencia por intermedio de ciertos agentes comerciales.

13. Que el dios a veces obra milagros, es decir, viola las leyes físicas o biológicas.

14. Que todo lo que hace el dios es bueno para nosotros, aunque no entendamos por qué.

En mi opinión, ninguna de las creencias anteriores cuenta con una justificación razonable. Cada una de ellas es, o bien falsa, o bien absurda. En el primer caso por chocar con evidencia empírica bien establecida; en el segundo caso, por chocar con los más elementales principios de la lógica. Por lo tanto, considero que tales creencias (y algunas otras que podría haber agregado) son indignas de la inteligencia humana. Admito que muchas de las personas más inteligentes que han existido (como por ejemplo Galileo o Newton) las han adoptado, pero esto siempre me ha resultado más bien un motivo

